

y noticias ignoradas hasta ahora. Por último, todas, y especialmente las Superiores, escribían una porción de cartas, de las cuales se conservan todavía un gran número, y que con todos los escritos de que acabo de hablar, á saber: historias de las fundaciones, bibliografías de las Hermanas, anales de los monasterios, memorias sobre los fundadores y bienhechores, y circulares dirigidas á la Orden, forman esos preciosos manuscritos que se encuentran en todos los conventos de la Visitación, encuadrados en hermoso pergamino blanco, escritos con el hermoso carácter de letra usado en el siglo XVII, los cuales á pesar de ser voluminosos é incorrectos y no carecer de los defectos inherentes á una lengua que todavía no estaba enteramente formada, se hallan llenos de esos giros elegantes propios del gran siglo y de esos pensamientos elevados y fecundos que revelan las almas grandes.

¿Qué más puedo decir? Hasta la poesía se cultivaba en la Visitación. Digo la poesía santa, la de los himnos y la de los cánticos. En este concepto, la Madre de Chantal brillaba entre todas. La que en su juventud había gustado del verso más que todas las señoritas de su tiempo, halló en el claustro la vena de una poesía más brillante aún que cuando estaba en el siglo. Tenía, no obstante, un rival en la Madre Ana María Rosset, la más contemplativa, como es sabido, de todas las Hijas de la santa Madre de Chantal, y cuya dulce piedad rebosaba muchas veces en cánticos que deleitaban santamente á las religiosas. La Madre de la Roche, elevada á tan alto grado de unión con Dios, sentía á veces la necesidad de desahogar en una poesía ardiente como su corazón los efectos de que estaba llena. Ni aun la Madre de Brechard y la Madre de Favre dejaban de pagar su tributo, trayendo los días de fiesta algún cántico ó Villancico para alegrar santamente á las Hermanas.

La segunda generación de las Hijas de la Madre de Chantal no cedía en esto á la primera. Muchas cultivaban la poesía, y entre otras la Madre de Chaugy, cuyo flexible talento se prestaba á cuanto se le pedía; la Madre de Rabutín, que daba un aire gracioso á todo cuanto tocaba, y sobre todo, la Hermana Manuela Filiberta de Monthouz, que parece dejó en este concepto una memoria imperecedera.

La santa Madre de Chantal, lejos de desaprobarnos esta inocente costumbre, la aplaude con viveza. Hemos visto que cuando estaba en el mundo llevaba siempre los salmos de David, puestos en verso por Felipe Desportes, y si iba de viaje los llevaba colgados en el arzón de la silla para cantarlos en el camino. El mismo gusto conservaba en el claustro. Su voz era fuerte y hermosa y cantaba mucho. Cuando algún sentimiento profundo llenaba su corazón, encargaba á una de sus Hijas que se lo pusiera en verso. Cuidaba poco de la rima—dice la Madre de Chaugy—con tal que el concepto fuese bueno y expresado de un modo vivo y enérgico. La Madre de Chaugy, añade también que alguna vez, aunque muy rara, ensayaba á hacer versos para pagar su tributo, como las demás, en los días de fiesta.

Con semejantes religiosas, que á una santidad grande unían tanta distinción, y á un talento tan cultivado tanta grandeza de alma y sentimientos tan elevados, ¿es extraño que muchas familias desearan con tanto ahinco que sus hijas entrasen en la Visitación; que forzando éstas, por decirlo así, las puertas de los monasterios, penetraban en ellos, contra la voluntad de San Francisco de Sales y de la santa Madre de Chantal, y que antes de la muerte de ésta haya pensionados por todas partes?

Ya no es, en efecto, alguna que otra niña, sino verdaderos pensionados los que se encuentran en la mayor parte de los monasterios. En Annecy en particular, en

el año de 1655, había ya doce educandas; esto es lo que resulta de un manuscrito, del cual pedimos al benévolo lector nos permita copiar una página encantadora.

«Era en 1655, durante el cónclave que terminó con la elección del Soberano Pontífice Alejandro VII, el mismo que volvió á emprender el proceso de canonización de San Francisco de Sales, interrumpido hacia treinta años. Las Hermanas de Annecy habían resuelto hacer rogativas solemnes durante nueve días para pedir un Papa que canonizase á su bienaventurado Padre. Se ayunaba á pan y agua, se guardaba un riguroso silencio, se llevaba el cilicio por la mañana, se tomaba la disciplina por la tarde, y se hacían penitencias en el refectorio; se daba permiso para comulgar y oír Misa todas las mañanas; en fin, todo el día se estaba en oración, y en vez de la recreación de la noche, se iba á la iglesia á tener un rato de conversación silenciosa con nuestro Santo Fundador. Gracias extraordinarias recompensaban este fervor, y parecían presagiar un éxito feliz en el cónclave. «Una noche—dice la Hermana que nos transmite estos detalles—estaba yo en la cama, porque eran casi las once de la noche, revolviendo en mi mente el pensamiento de las gracias que recibían nuestras Hermanas, y considerándome indigna de estos favores, me quejaba á nuestro bienaventurado Padre de mi privación, cuando se me ocurrió como por divertimento que tal vez había en esto más ilusión que realidad, porque mi flaco es no creer fácilmente las cosas extraordinarias. Conociendo mi falta, me retracté al punto de mi pensamiento. En el mismo instante empezó á salir una gran claridad de un pequeño retrato que yo tenía siempre á los pies de mi cama, el cual había sido pintado viviendo nuestro Santo Fundador, y que me había regalado el Sr. Marqués de Sales, quien le había recibido de su padre Luis de Sales. El cuarto, que es muy grande, parecía estar ardiendo, y doce educanditas que

*allí dormían*, se despertaron al olor de los perfumes y por la claridad, que duró tanto tiempo que todas las niñas y yo nos levantamos, hasta la sobrinita de nuestro Santo Padre, que no tiene más que cuatro años. Esta criaturita se echó de su cama, y viéndonos á todas de rodillas delante del cuadro que tenía yo en la mano, y notando que lloraba: «Ya sé por qué — me dijo acariciándome,—maestra querida; es mi santo tío, que viene del Paraíso para decirnos que será muy pronto Santo; no lloréis, pues ya se lo diremos á la buena mamá.» Y esta querida niña, tomando el cuadro, le besaba cariñosamente. La claridad era tan grande, que la niña corrió hasta lo último del cuarto á coger mi rosario, que yo había perdido. Al dármele me dijo: «Mi santo tío es quien lo ha traído.» Y temiendo que se resfriase, la tomé en mis brazos, teniendo la niña siempre en los suyos el cuadro, que apretaba cariñosamente. Después se desvaneció poco á poco la luz, como un fuego que se apaga (1)».

Esta es la fecha más antigua que hemos hallado respecto á la existencia de los pensionados en la Visitación. ¡Qué escena tan encantadora! ¡Y cómo le parece á uno verla con sus propios ojos! Es un dormitorio en donde se acuestan doce pequeñas educandas: una Hermana se acuesta con ellas, y no las deja. Se la llama maestra querida, querida maestra, como hoy día. Su flaco es no creer fácilmente en las cosas extraordinarias; cree, no obstante, cuando es menester. A un espíritu fuerte, junta un corazón de madre. Por más conmovida que esté con el prodigio, y llena de lágrimas, no olvida el cuidado de sus niñas. Teme que se resfrien, y después de haberles hecho rezar un instante, las toma en sus brazos y las vuelve á sus camas.

(1) *Compendio de los milagros de nuestro Santo Fundador*, manuscrito pequeño en folio, de 45 páginas, inéditas, perteneciente á la Visitación de Dijón.

Otros monumentos confirman estos detalles. «La mayor parte de nuestras casas tienen educandas—escribe en 1664 la Madre de Chaugy,—la segunda de Annecy tiene ordinariamente doce ó quince; verdad es que tienen su lugar separado y á propósito. Rumilly y Chambery le tienen lo mismo. Nuestro digno Prelado, al hacer la fundación de Turín, estableció también esta costumbre, y generalmente tienen veinte ó veinticinco (1).» Cuanto más corre el tiempo, más se aumenta el número de educandas; y antes de concluir el siglo XVII, los pensionados son en todas partes numerosos y florecientes. Se escriben manuales para las señoritas educandas de la Visitación (2), y se componen tragedias para ellas (3). Se empiezan á ver en el mundo, y aun en la más alta sociedad, una porción de educandas de la Visitación. En el siglo XVIII se aumenta su número: en vano la impiedad se burla de los conventos; en vano Voltaire, Rousseau, Diderot, D'Alembert hacen befa de una educación admirada por Fenelón, por la señora de Maintenón y la Marquesa de Sevigné. A despecho de estos hombres, que no tenían el conocimiento de lo pasado ni el de lo porvenir, las educandas afluyen á los monasterios de la Visitación. No salen de ellos sino con las religiosas en 1792, cuando los comisarios de la Convención vienen á echar á las Hermanas; y vuelven con ellas, después del tiempo del Terror, más numerosas que nunca.

Es porque fuera de la educación de familia, que es la mejor cuando es posible, no existe para una niña nin-

(1) *Cartas de la Madre de Chaugy*, 14 y 15.

(2) *Ejercicios espirituales según el espíritu de San Francisco de Sales para las educandas de su Orden de la Visitación de Santa María.*, Dijón, en casa de Desaint, tercera edición. 1756. La segunda de 1693. La primera se atribuye á las primeras Madres.

(3) Citaremos, entre otras, la tragedia de la partida de la santa Baronesa de Chantal, impresa de Aviñón.

guna más sencilla, más sólida ni más dulce que la educación de los conventos. En ellos, por un conjunto feliz de circunstancias, se encuentra reunido todo aquello de que necesita la niña para el desarrollo de sus facultades: lo que eleva el espíritu, con lo que penetra el corazón; lo que forma el juicio, con lo que preserva la inocencia; lo que adelanta la madurez del alma, con lo que mantiene en ella el candor y la gracia. Lo que es el sacerdote para el adolescente que ha conservado su inocencia, eso es la religiosa para una jovencita. Por su carácter y por su hábito, le infunde respeto; por su abnegación, le inspira cariño; y con el espectáculo de su vida humilde, mortificada y obediente, la prepara á comprender estas grandes virtudes, sin las cuales no existe ni vida cristiana ni vida monástica. Y ¡qué á propósito para teatro de una educación sólida y santa son esos claustros silenciosos, con sus grandes jardines tranquilos y sus benditas imágenes, y los cánticos piadosos y dulces que en ellos resuenan, por decirlo así, á cada hora del día!

A cualquiera parte que la niña levante sus ojos, no encuentra más que paz, modestia, recogimiento. No se contempla inútilmente semejante espectáculo en edad tan tierna. Poco á poco aquella paz penetra en el corazón de la niña, aquel dulce recogimiento se apodera de su alma; el gusto de las santas alegrías, de los placeres puros y tranquilos, nace en ella, y la prepara admirablemente á la vida oculta de la esposa y la madre. Nada hay en los monasterios, ni aun las rejas, contra las cuales tanto se declama, que sea inútil para la educación. Con las rejas se apartan de la niña las feas imágenes que mancharían sus ideas, y los malos libros que dañarían su corazón; con las rejas, se quitan de delante de su vista los escándalos, las impiedades y las blasfemias que alarmarían su joven espíritu; por las rejas, en fin, se conserva la inocencia, madre de la sensibili-

dad, de la ternura y de la fortaleza, y con la inocencia, la alegría, que es hermana suya.

Pueden aplicarse á todas estas casas y á las niñas que en ellas se educan las palabras admirables que Bossuet escribió respecto de la princesa de Cleves y del monasterio en que había pasado su adolescencia: «En la soledad de Sainte-Fare, tan apartada de los caminos del siglo, porque su feliz situación la separa de todo comercio con el mundo; en aquella santa montaña en que las esposas de Jesucristo resucitaban la hermosura de los antiguos días, en donde eran desconocidas las alegrías terrenales, en donde no se veían las huellas de los mundanos, de los curiosos, y los vagabundos, bajo el gobierno de la santa Abadesa, que sabía dar leche á los niños y pan á los fuertes, los principios de la princesa Ana eran felices (1).»

El mundo no ignora ni esta felicidad ni esta inocencia. Así, cuanto más tristes y malos son los tiempos, cuanto más aumentan los desórdenes, cuanto más alarde se hace de impiedad é inmoralidad, más afluyen las niñas á los conventos, y aun las familias más irreligiosas dirigen sus miradas hacia esas casas cerradas, como á un asilo impenetrable, á un arca santa, en donde en este diluvio universal del mal podrán ocultar á sus hijas, lejos de las turbaciones, de las pasiones y escándalos, que son la vergüenza y el espanto de nuestra época. Estas son las causas que llevan hoy á tantas niñas á recibir educación en los conventos, y que, juntas á otras causas, explican la popularidad creciente de los pensionados religiosos (2).

(1) *Oración fúnebre de la Princesa Ana Gonzaga de Cleves*, p. I.

(2) La popularidad de los pensionados de la Visitación es tal, y las educandas acuden en tan gran número, á pesar de las precauciones que se toman para limitarlas, que en algunos monasterios se ha temido faltar á las intenciones de San Francisco de Sales, y se ha creído deber consultar al Sumo Pontífice Pío IX. «Es verdad—escriben las Hermanas de Pignerol—que en nuestros días la obra del pensionado es infinita-

Estas no son, por lo demás, sino las principales bases de la educación de los conventos: cada una de las Ordenes consagradas á la enseñanza, tiene además su carácter particular: el de la Visitación es la sencillez y la dulzura. «Serán gobernadas y enseñadas en las cosas espirituales por una Hermana muy dulce y discreta (1).» Esta es la única palabra que la santa Madre de Chantal escribió sobre la educación de las niñas, pero todo lo comprende; suavidad, dulzura y discreción. Hay que unir á esto, si queremos conocer completamente el espíritu de los pensionados de la Visitación, la primera y la última de las reglas hechas en tiempo de la Santa Madre, para las niñas que estaban «como pensionistas esperando conocer su vocación» en las casas de la Orden.

«Primeramente amarán á Nuestro Señor con todo su corazón, haciendo todas las cosas por su amor.

»Observarán fielmente sus pequeñas reglas, alegremente y de corazón» (2).

He aquí el espíritu con todos sus perfumes de suavidad, dulzura, discreción; todo por amor y todo con alegría. Este es verdaderamente el espíritu dulcísimo de San Francisco de Sales. En esta escuela se forman los jóvenes, que no admirarán al mundo con la austeridad de su vida, pero que tampoco le espantarán con la tris-teza y aspereza de su mal entendida caridad sino que, por el contrario, le atraerán y encantarán con la dul-

---

mente más laboriosa y difícil de llenar, por las circunstancias, y por exigencias muy delicadas; pero hemos sido poderosamente animadas por lo que nos escribe la respetable y muy querida Madre Francisca de Sales. Ha tenido la bondad de escribirnos, que habiendo sido visitada por el Cardenal Legado, Su Eminencia le había dicho que nuestro Santísimo Padre el Papa aprobaba que tuviésemos pensionados, y que si nuestro Fundador viviera aún, los establecería, porque son para bien de la Iglesia, y que el Santo amaba demasiado á la Iglesia para dejar de hacer cuanto dependiese de él para bien suyo.» (Circular de 14 de Abril de 1857.)

(1) *Costumbrero*, art. V, pág. 27.

(2) *Costumbrero*, art. V, pág. 336.

zura de su carácter, y llevarán á la sociedad con el ardor y solidez de la Santa Madre de Chantal, algo de la gracia y dulzura de San Francisco de Sales.

Sería necesario citar un ejemplo antes de concluir; pero ¿de dónde lo tomaremos? El siglo XVII está muy lejos; el XIX está muy cerca. Es preciso dejaros en la sombra en que Dios os ha colocado, jóvenes á quienes hemos visto salir de los claustros de la Visitación, y que no habéis aparecido sino una hora en medio de la sociedad, cuyo encanto érais; que habéis deslumbrado un instante al mundo, á quien despreciabais, y que habéis dejado la vida alegres, sonriendo, jugando con la muerte, no sintiendo nada de la tierra, porque nada de ella habéis amado. Y vosotras, que adornáis con la memoria de vuestra inocencia los anales de la Visitación naciente, cuyas hermosas vidas podríamos volver á componer á fuerza de indagaciones, y admirar vuestras tranquilas muertes, quedad también ocultas en las sombras; vuestra historia alargaría la de la Madre de Chantal, que es la que me reclama, y la que debo escribir.

Por otra parte, si absolutamente tenemos que dar un ejemplo de esta bella, grande y sólida educación, que se inauguraba entonces á la vista y al soplo, por decirlo así, de la Santa, ¿no tenemos á los mismos hijos de la Madre de Chantal? ¿No los educó por sí misma? ¿No fueron ellos los primeros en quienes infundió el grande espíritu que depositó después en los nacientes pensionados de la Visitación? ¿No es á la santa Madre de Chantal á quien debemos, no sólo á la pequeña Carlota, aquel espíritu angelical, como decía San Francisco de Sales, que pasó demasiado pronto para poder conocerla y admirarla, sino también aquella otra criatura aún más angelical, María Amada, que por la belleza de su adolescencia, por la gracia modesta de su juventud, por la ternura y fidelidad de su memoria al joven Barón de Thorens, y por el heroísmo de su muerte, que-

dará para siempre como modelo de las jóvenes destinadas á vivir en el mundo? ¿No fué, en fin, la venerable Madre de Chantal quien formó á Francisca y á Celso Benigno: aquella ligera, vanidosa y mundana, y de la cual logró hacer una de las mujeres más juiciosas, más distinguidas y más virtuosas del siglo XVII; éste original, aventurero, impaciente para todo freno, y que al fin, vigilado, advertido, dirigido por la Santa, casado cristianamente por ella, sostenido con las oraciones de su madre y con los ruegos de su joven y virtuosa esposa, fué no solamente un bizarro y distinguido caballero, sino también un cristiano sincero y ardiente? Dejemos, pues, á un lado ejemplos y vidas que, por lo mismo que son muy agradables, nos llevarían muy lejos; y ciñéndonos á nuestro asunto, acabemos la historia de la educación de los hijos y los nietos de la venerable Madre de Chantal.

